

Una visión integral de la obra literaria

José Pascual Buxó

Maestro en Letras por la Universidad Nacional Autónoma de México y Doctor en Letras por la Università degli Studi di Urbino.

CANDIDO, Antonio. *Formación de la literatura brasileña: momentos decisivos: 1750-1880*. Edición, traducción, presentación y notas de Jorge Ruedas de la Serna. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014.

La aparición en español de la *Formação da literatura brasileira: momentos decisivos*, uno de los libros más celebrados de la inagotable labor historiográfica y crítica del profesor Antonio Cándido, es la feliz culminación de un proyecto concebido y dirigido por el Dr. Jorge Ruedas de la Serna, cuya incansable labor en los campos de la cultura mexicana y brasileña es conocida y celebrada por todos quienes compartimos con él los afanes por hacer de los estudios literarios una disciplina académica siempre abierta a la reflexión teórica y la exigencia científica.

En la "Presentación" de esta obra, el Dr. Ruedas de la Serna confirma justamente que "Antonio Cándido es un clásico de la cultura brasileña contemporánea", cuya obra crítica "ha sabido imprimir rigor y creatividad" a los estudios literarios, a los que, en efecto, dotó de una serie de premisas de carácter historiográfico, sociológico y estético que aspiran a poner de relieve la necesaria articulación de dichas instancias en el examen de cada obra particular. Porque, en efecto, el profesor Antonio Cándido, desde el momento mismo de la planeación de este trabajo en el ya lejano año de 1945, entendió que un historiador de la literatura tenía que plantearse como tarea primordial la determinación de las características esenciales de ese constante proceso de interrelación entre las condiciones políticas y sociales en que surgen las obras de un determinado autor o grupo de autores y los vínculos que dichas obras contraen con otras que las precedieron, toda vez que en el decurso de esa inevitable correlación de circunstancias históricas y elecciones estéticas va configurándose una tradición, esto es, un sistema literario capaz de mantener su propia continuidad e influencia y, al mismo tiempo, ser causa de sucesivas e inevitables transformaciones.

De ahí que en el "Prefacio" a esta edición mexicana, el autor haya declarado expresamente cuál fue la idea rectora de su trabajo: proceder de conformidad con los presupuestos de la historiografía literaria, pero sin dejar de prestar especial atención a los productos concretos de esa actividad creadora: "lo que más me interesó – disse - fue actuar como crítico... focalizando cada obra y procurando establecer su correlación con las demás", de modo que "la visión histórico-cultural y el tratamiento estético pueden combinarse en una concepción integradora, gracias a la cual son posibles lecturas más completas de los textos", pues a pesar de la singular autonomía de cada uno de ellos,

no dejan de ser “frutos de un proceso histórico-social a lo largo del cual los hombres van reconociendo su imagen y la imagen de su universo”.

¿Partieron de este clarividente desiderátum los historiadores de las literaturas iberoamericanas que precedieron o sucedieron en el tiempo a la obra de Antonio Cándido? Evidentemente no. Si revisáramos las que se escribieron en México –y aun en Hispanoamérica o España- hallaríamos que todas ellas engloban bajo el marbete de *literatura* el vasto conjunto de la producción bibliográfica a lo largo de un período histórico determinado, y así, conviven en las páginas de esos manuales las obras de creación artística con las de historia, filología, filosofía, ciencias, oratoria y otras tantas, sin que se establezca ninguna diferencia esencial entre ellas, en la medida en que son consideradas –en bloque- como producto representativo de una cierta etapa de la vida civilizada. Y tal cosa no sólo sucede en las “historias literarias” escritas por un solo autor, sino también en las obras colectivas, en las cuales un cierto número de “especialistas” se ocupa de diversas manifestaciones “literarias”, cuya única semejanza es la de ser resultado de un proceso de escritura. De manera, pues, que tal tipo de estudios - aun presentándose como “literarios” - carecen de un esfuerzo preliminar de definición disciplinaria y caracterización discursiva, y son – si lo son - historias de la cultura escrita, dentro de cuyo amplísimo ámbito no se distingue cuál sea aquél en que propiamente pueda inscribirse cada una de las manifestaciones textuales tomadas en consideración.

Quizá sea innecesario exponer ahora algunos ejemplos concretos de esa manera de proceder, pero podría resultar ilustrativo mencionar un solo caso, del que no referiré los nombres de sus autores por no herir ninguna sensibilidad profesional. El volumen 3 de una *Historia de la literatura mexicana* publicada en 2011 está dedicado a los “Cambios de reglas, mentalidades y recursos retóricos en la Nueva España del siglo XVIII”, y en él se despliegan numerosas monografías dedicadas a temas como los siguientes: la historia de la imprenta, las librerías y las bibliotecas, en el siglo señalado; el funcionamiento de los colegios y universidades; la inquisición y la literatura clandestina; la iglesia borbónica y sus herramientas literarias; la literatura filosófica e, incluso, la literatura “aparicionista”. Dentro de ese amplio y, a la vez difuso, concepto de lo “literario”, no podían faltar – claro está- los correspondientes artículos dedicados a la poesía, el teatro y la novela. ¿Y cuál fue el tratamiento histórico y crítico que pudo concederse a esas manifestaciones artísticas? La abundosa enumeración de títulos, autores y fechas y, en todo caso, la enunciación de sus contenidos temáticos. Con todo, el análisis textual y la valoración estética de las obras citadas suele limitarse a alguna reflexión trivial; así, pongo por caso, al tratar de la *Rusticatio Mexicana*, se afirma que “aunque (el autor) advierte al principio que escribe lejos de su patria en una especie de sueño nostálgico, recordando sitios visitados, parece que parte de su razón para escribir fue reconstruir artísticamente la grandeza de su tierra natal”.

Se comprenderá que –con todo esto- no intento disminuir aquella decisiva e inevitable interacción y mutua influencia de las diversas disciplinas del espíritu que nutren y explican, en su conjunto, todas las operaciones del entendimiento humano. Lo que deseo subrayar es la necesidad de que el estudio científico de tales “operaciones” ha de configurarse en el seno de una disciplina particular, convenientemente dotada de sus propios métodos y postulados teóricos. Y ha sido, precisamente, la general

repugnancia por la teoría la causa de las reiteradas confusiones en el terreno de las llamadas ciencias humanas, entre las cuales tiene su propio lugar la que – sin vanidad excessiva - llamamos ciencia literaria.

Antes de dar inicio al examen particular de las diversas etapas históricas en que puede articularse el examen crítico de las obras artístico-literarias producidas en Brasil entre 1750 y 1880, es decir, entre el arcadismo y el nacionalismo romántico, el profesor Candido juzgó indispensable dedicar una “Introducción” al deslindamiento de un problema central en la formación de las literaturas nacionales, distinguiendo lo que él denomina *manifestaciones* literarias de la “literatura propiamente dicha”, es decir, de “un sistema de obras relacionadas por denominadores comunes”. Esos “denominadores” son – además de las características internas relativas a la lengua común y a las particulares “imágenes” del mundo que se instituyen a través de ella-, “ciertos elementos de naturaleza social y psíquica... que se manifiestan históricamente y hacen de la literatura un aspecto orgánico de la civilización”. De suerte, pues, que para que estos elementos logren organizarse socialmente es menester que se instituya lo que Antonio Candido llama un *sistema literario*, compuesto por un conjunto de escritores – conscientes de su papel-, un conjunto de receptores – que conforman los diferentes estratos del público, “sin los cuales la obra no vive” - y un “mecanismo de transmisión”, es decir, una lengua, que liga a unos con otros y produce un tipo particular de “comunicación interhumana”; de todo ello, resulta – dice el autor- un “sistema simbólico por medio del cual las aspiraciones más profundas del individuo se transforman en elementos de contacto entre los hombres y de interpretación de las diferentes esferas de la realidad”.

No soslayó Antonio Candido el debate suscitado entre los partidarios de una visión eminentemente histórica de las obras literarias y los afectos a lo que él mismo llama “esteticismo mal comprendido”, surgido éste como una “réplica a las exageraciones del viejo método histórico que – son sus palabras - “redujo la literatura a episodios de la investigación sobre la sociedad, al tomar indebidamente las obras como meros documentos, síntomas de la realidad social”. Ciertamente, esta visión documentalista de los productos literarios inundó toda la crítica de cuño positivista, duradera aún en nuestros días, en la medida en que postulaba el carácter “reflejo” de la literatura, entendida precisamente como testimonio de una “realidad” única e incontrovertible, y desechando – de paso - aquellas otras “realidades” del espíritu y de la sensibilidad que constituyen, sin duda, el filtro a través del cual se construye otra especie de realidades: las “realidades simbólicas” de las obras de arte. De ahí que el proyecto de esta magna labor que se extendió a lo largo de doce años y continuó en un vasto repertorio de investigaciones críticas, haya podido ser descrita por su propio autor como el “intento de enfocar simultáneamente la obra (literaria) como realidad propia, y el contexto como sistema de obras”; éstas valen no por “copiar la vida, como pensaría un crítico no literario... valen porque inventan una vida nueva”.

Ahora bien, ¿cómo ha de proceder el crítico en el examen e interpretación de esas “vidas nuevas” que se manifiestan por medio de un complejo entramado de circunstancias históricas, sentimientos personales e intenciones estéticas? El eje del “trabajo de interpretación” está en la necesidad de descubrir la *coherencia* de todos aquellos elementos que se conjuntan en la obra analizada y, por coherencia - concluye

el autor - ha de entenderse “la integración orgánica de los diferentes factores (vida, ideas, temas, imágenes, etc.)” que constituyen la *fórmula* obtenida por el escritor por medio de la construcción literaria de su texto.

Con todo –piensa Antonio Candido - no debemos ilusionarnos excesivamente creyendo que toda crítica literaria es el indiscutible resultado de un proceso objetivo de análisis de las diferentes instancias de un texto determinado, pues es preciso reconocer que toda crítica – que no sea meramente escolar- es un “acto arbitrario” y creador, puesto que la pluralidad de significados virtuales propia de los textos literarios permite que el crítico sobreponga las imágenes que expresan su propia visión del mundo al “conocimiento objetivo” de tal o cual obra. Es éste, pues, el carácter irrenunciable o fatal de una crítica verdaderamente viva y creadora, capaz de despertar en el lector agudo todas las expectativas de un libre disfrute estético y cognoscitivo en el que se integran y hacen compatibles las más diversas experiencias del mundo y de la vida.

Celebramos, pues, la publicación en nuestra lengua de una de las obras fundamentales del gran crítico brasileño y lamentamos, a la vez, que sus lecciones no hayan llegado antes para ilustración y beneficio de nuestra dispersa república literaria.